

Presencia de la naturaleza en el texto “Un viejo que leía novelas de amor”

María Eugenia Acosta*

RESUMEN

Este artículo surge a la luz de la lectura del texto Un viejo que leía novelas de amor. Interesa determinar el nivel discursivo básico sobre el cual Luis Sepúlveda cimienta su obra. Así surge el discurso ecológico como un posible puente entre este texto y El Emilio de Rousseau. De ahí que sea factible determinar aspectos coincidentes con respecto al tema de la naturaleza, a pesar de la diferencia temporal que separa a ambas producciones.

Introducción

La lectura de la novela **Un viejo que leía novelas de amor** ha provocado inquietudes fundamentales en torno al eje discursivo ecológico. Por una parte, surge una serie de posibilidades en relación con el estudio interdiscursivo e intertextual de este texto y, por otra, llama la atención que el tema de la naturaleza que ha estado presente desde hace mucho tiempo en la producción literaria, emerge de nuevo con tanta fuerza en consonancia con el texto geográfico-histórico-social en cual se inserta el texto objeto del análisis.

El proyecto ideológico del autor se cristaliza mediante su propuesta de que

-El hombre íntegro es el que vive en contacto con la naturaleza, ya que la civilización lo corrompe.

Tomando como base esta propuesta, se trata de destacar la interrelación de los elementos dentro de la dimensión dialógica de dicho texto; y dilucidar las huellas intertextuales, concretamente las del texto rousseauiano, presentes en el texto contemporáneo en su función de productoras de sentido.

Como fundamentación teórica metodológica del estudio, se toman en cuenta elementos de la sociocrítica, así como el concepto de intertextualidad propio de la semiótica, teorías crítico-literarias pertenecientes a la época actual.

Discursividad

El texto, visto como discurso, es la forma lingüística de interacción social.

“Una tendencia la compondrían aquellos antropólogos, sociólogos, etcétera, que han contemplado la necesidad de valorar el lenguaje no como algo invariante, sino, que al contrario, al apreciar su variación según los contextos y las situaciones, han encontrado en ella un elemento fundamental para la explicación sociológica”. (Lozano, 1982:42)

El discurso se entiende como un proceso semiótico, no como un sistema establecido; por su funcionalidad se le ha clasificado como una unidad de la lengua en uso, de este modo sustituye a la palabra u oración que habían ocupado tradicionalmente esa categoría.

De tal manera, la enunciación como acto del lenguaje, da origen al discurso que viene a ser el enunciado.

El texto como discurso responde a una intención del sujeto de la enunciación que se manifiesta esencialmente en la “dominante discursiva”, pero a su vez ese gran discurso está compuesto por una serie de elementos que se combinan y conforman otros discursos que actúan entre sí. Esa relación de los discursos que otorgan sentido al texto, es la “interdiscursividad”.

Gracias a “estrategias discursivas” se produce la relación entre texto y lector. Este último es quien le atribuye la coherencia al texto, siempre y cuando descubra las reglas estructurales que lo erigen como discurso. Edmond Cros denomina formación discursiva “a la situación” que se presenta cuando se puede percibir

“...Alguna regularidad entre objetos, tipos y enunciados y selecciones temáticas...” (Cros, 1991:86).

Y más adelante expresa que:

“...las formaciones discursivas manifiestan en la lengua las formaciones ideológicas que corresponden a las mismas” (Cros, 1991:86).

Por lo consiguiente, el análisis del texto en estudio responde al propósito de descubrir reglas de formación discursivas que conduzcan al proyecto de escritura y a la propuesta particular de Sepúlveda.

De inmediato se procederá a develizar los discursos que conforman la red textual dialógica. Será de interés primordial destacar en cada uno de ellos el campo que le corresponde de acuerdo con cada tópico presente.

Por razones metodológicas los discursos se separan, aunque debe recordarse que la interacción y el diálogo entre ellos es constante en el relato.

El discurso ecológico será objeto de más detenimiento en el proceso de estudio, por cuanto se considera como núcleo programador de unión de otros discursos que también emerge a la luz del discurso literario (de ficción), el cual constituye la primera mediación entre el texto y la sociedad.

En el relato se determinan primordialmente cinco discursos ligados por el eje programador, que es el discurso ecológico:

- Discurso geográfico.
- Discurso de autoridad.
- Discurso histórico-cultural
- Discurso mercantil
- Discurso del amor.

Y en ese orden, seguidamente, se describirá cada uno de ellos.

Discurso geográfico

El espacio geográfico corresponde a la amazonía, región de América del Sur que se caracteriza por su exuberancia de flora y fauna. Este lugar se describe como

“..aquella selva sin límites posibles” (Sepúlveda, 1995:25)

En esta región se ubica El Idilio, pueblo en donde tienen lugar muchos de los acontecimientos de la novela. De él se dice que es un

“...rincón perdido del oriente” (23)*

Cuando el viejo llegó ahí por primera vez con su esposa, sólo existía una choza; después los colonos pueblan el lugar a conste de esfuerzos y privaciones.

También se nombran ríos que pertenecen a esa extensión, tales como: el río Nangaritza (al frente de él tiene el viejo la choza), el Zamora, el Yacuambí.

Hay un puerto fluvial importante que es “El Dorado”, en donde se ubica un puesto policial y también ahí arriba el barco “El Sucre”.

En San Luis, un poblado serrano aledaño al volcán Imbabura, Antonio José conoce a Dolores Encarnación; allí se casa y permanece unos años.

Cuando la pareja va rumbo a la amazonía, pasan por las ciudades de Zamora y Loja, pero solo las ven de lejos. En realidad la única ciudad grande que Antonio José había conocido fue Ibarra,

“...de la que recordaba sin mayor precisión las calles empedradas, las manzanas de casas bajas, parejas, todas blancas y la plaza de armas repleta de gente paseándose frente a la catedral”.

El viejo también anduvo por la cordillera del Cóndor,

“...tierras de vegetación baja”. (123).

Una vez que fue a la cacería de un tigrillo que estaba matando vacas y acémilas.

Aunque la selva incluye un amplio territorio, cada vez se acorta más, porque

“...poderosas lenguas avanzaban desde occidente hurgando en el cuerpo de la selva”. (52)

Son los extraños que se apropian de las riberas de los ríos y obligan a los shuar a irse cada vez más hacia el oriente.

Si se observa el mapa, todos los nombres de los lugares aludidos corresponden a la realidad referencial, circunstancias que crea un carácter de verosimilitud dentro del texto de ficción. Sitios como El Dorado, Loja, Zamora, Marañón (río que da origen al Amazonas), se ubican en la parte sur del territorio ecuatoriano. El pueblo El Idilio

probablemente se podría encontrar dentro de lo que se conoce como “zona de litigio” y que estaría situada entre Ecuador y Perú.

Discurso de autoridad

El Idilio se presentan dos figuras claves en torno al tema de la autoridad, la que supuestamente debe encarnar la ley e imponer el poder del pueblo: el alcalde; y la otro que aunque “oficialmente” no posee la investidura, es quien ejerce la autoridad: el viejo. Entre los dos personajes se establece una especie de dicotomía o contraste, ya que el viejo con sus conocimientos, experiencia y astucia es quien resuelve los casos más difíciles de la región; mientras que el alcalde deslumbra por su arbitrariedad, ignorancia y precipitación. El alcalde, apodado “la Babosa” porque suda mucho, trata de imponer el poder mediante la fuerza bruta, los lugareños lo odian y se burlan de él. Sus características son totalmente negativas.

Antonio José Bolívar hace quedar en ridículo al alcalde, al aplicar su sabiduría en la resolución de sucesos que producen desequilibrio de la naturaleza, por culpa de personas que ven en ella un fin utilitario. En este sentido, el viejo se convierte en justiciero porque es quien debe solucionar el problema.

La matanza de los tigrillos por parte del gringo para robar sus pieles, es el acontecimiento que genera el conflicto principal de la novela, el cual se convierte, con todas las consecuencias que produce este acto, en un desafío para el viejo, que debe hacerle frente a la situación y de alguna manera sale victorioso de ella.

Cuando el alcalde ha tratado de encontrar una rápida salida al caso del gringo muerto al culpar a los indios shuar que traen su cadáver, Antonio José se dirige a él con estas palabras:

“- Disculpe. Usted está cagando fuera del tiesto”. (26).

Esta expresión capta la falta de respeto hacia la autoridad representada por el alcalde, así como la propia seguridad del viejo que luego se demostrará en la reconstrucción de los hechos tan acertada.

Por eso, más tarde el dentista le dice a Antonio José:

“- Caramba, Antonio José Bolívar, dejaste mudo a su excelencia. No te conocía como detective. Lo humillaste delante de todos, y se lo merece”. (32)

El alcalde, aunque odia al viejo, lo necesita y confía en él; por eso al final lo deja que sea él solo quien se enfrente al animal. Antonio José Bolívar Proaño es la única persona de El Idilio capaz de encarar a la tigrilla con valentía y como debe ser, nop en vano lleva “tanto nombre de prócer encima”.

Discurso Histórico - Cultural

En el texto se determina fuerzas ideológicas diferentes de acuerdo con la situación del sujeto con respecto a la naturaleza amazónica: los indios shuar, el viejo Antonio José Bolívar, los gringos, los buscadores de oro y los colonos.

Los shuar se sienten parte de la naturaleza y actúan en consonancia con ella: la cuidan y por eso sólo se quedaban tres años en cada sitio, no hacen daño a los animales ni a la vegetación. Toda una vida en la selva hace al shuar poseedor de una sabiduría de la misma y de un cuerpo fuerte y ágil. Cuando los primeros colonos llegan a El Idilio deben luchar muy fuerte con esa naturaleza desconocida y avasalladora; es gracias a esas características de los shuar unidas a su espíritu colaborador que la gente del lugar puede sobrevivir:

“...de ellos aprendieron el arte de convivir con la selva”. (43)

Sus costumbres, creencias, mitos, medicinas, ideas del amor y de la muerte, están regidas por sus propias leyes basadas en el ritmo de la naturaleza selvática. Esas normas son dignas de total respeto, tanto que a Antonio José se le expulsa de este mundo por su desconocimiento al infringir la regla que determinaba cómo se debía vengar al compadre Nushiño:

Y que es el viejo:

“...era como un shuar pero no era uno de ellos”. (50, 52, 53, 56,122)

Antonio José vivió mucho tiempo con estos indígenas, con ellos estableció lazos entrañables de amistad y de ellos aprendió a convivir con la selva:

“La vida en la selva templó cada detalle de su cuerpo. Adquirió músculos felinos que con el paso de los años se volvieron correosos. Sabía tanto de la selva como un shuar. Nadaba tan bien como un shuar”. (50)

Aunque el vínculo era grande entre el viejo y los shuar, aquel no formaba parte de la selva, y eso lo sabían ambos. La amazonía es el mundo propio del indígena que ha nacido ahí, y no de quien llega en un momento dado.

El compartir con los shuar es determinante en la personalidad del viejo, quien de ahí en adelante funciona como elemento conciliador entre la selva y El Idilio. Los habitantes del pueblo pronto lo perciben así y el mismo alcalde lo presenta.

“...como el viejo conocedor de la amazonía”. (86)

El viejo muestra un profundo respeto y sentimiento por los animales, como se ve al final del relato cuando mata a la tigrilla, a los que no mata mientras sean cachorros, y cuando son adultos lo hace sólo por un móvil fuerte como la venganza o la defensa propia.

En contraste, los gringos que

“...se las saben siempre todas”. (92)

caen en una serie de errores en la selva debido a su desconocimiento de las leyes naturales; guiados sólo por la avaricia cometen toda clase de improperios; sobornan al alcalde (86), irrespetan a los colonos (p.ej. a la fuerza quieren llevarse la fotografía del viejo (87), matan a los cachorros para retratarse luego con sus pieles. (60), etc.)

Pero además:

“Tanto los colonos como los buscadores de oro cometían toda clase de errores estúpidos en la selva. La depredaban sin consideración, y esto conseguía que algunas bestias se volvieran feroces” (59).

Ante esta situación:

“Antonio José Bolívar se ocupa de mantenerlos a raya” (60).

mientras que los indios shuar, junto con los animales, se internan cada vez más hacia el oriente en busca de protección.

La dedicatoria a Miguel Tzenke, síndico shuar, es un elemento verosimilizante dentro de la historia narrada que, según explica Sepúlveda, está basada en detalles de las narraciones de este amigo suyo.

Asimismo, como parte del paratexto, no se debe dejar por fuera la “Nota de autor” en este sentido, la cual alude a un hecho histórico en donde se ensalza a Chico Méndez, persona destacada del Movimiento Ecológico Universal, y se repudia a sus asesinos. En esa misma nota también el autor se refiere al Premio Tigre Juan, al cual se hace merecedor por su novela **Un viejo que leía novelas de amor**.

Discurso Mercantil

Los habitantes de El Idilio esperan con ansia la llegada del barco “El Sucre” que trae mercadería como:

“...cajas de cerveza, aguardiente Frontera, sal y bombas de gas” (14).

Asimismo, la tripulación se lleva del lugar:

“...racimos de banano verde, y costales de café en grano” (14).

Es en ese barco que llega el dentista Rubicundo Loachamín dos veces al año, a extraer piezas dentales dañadas y a colocar las prótesis a los lugareños.

El Intercambio de servicios está presente además cuando Antonio José Bolívar junto a su compadre Nushiño, cazan algún saíno para los colonos y estos les dan dinero a cambio. Sin embargo, este dinero sólo tenía valor si lo recibían para adquirir un machete o un saco de sal. (49)

Su conocimiento en torno a la selva, le permite al viejo extraer el veneno a las serpientes, a las cuales deja luego libres sin causarles ningún daño. Ese veneno lo vende al agente de un laboratorio que llega de vez en cuando al pueblo, con la finalidad de convertirlo en suero antiofídico.

También en una ocasión, con el fin de permanecer un tiempo en la ciudad de El Dorado para adquirir sus libros, vende unos micos y loros que había cazado.

En El Idilio funcionan puestos, como el de Miranda, en donde se venden muy pocos artículos tales como alkaseltzer, aguardiente y tabaco. Estos dos últimos productos no podían faltarles a los colonos, especialmente la botella de aguardiente Frontera, la que servía para calmar los ánimos cuando hacían una travesía o cuando estaban en la “consulta” del Dr. Loachamín, o también les sirve a los miembros del partido oficial para darle como premio una botella a Antonio José una vez que le indicaron por quién debía votar en la papeleta.

Por otro lado, aparecen individuos que sólo buscan su propio beneficio, como el alcalde, quien llega a cobrar impuestos a El Idilio y a vender permisos de caza y pesca y

“Quiso cobrar derecho de usufructo a los recolectores de leña que juntaban madera húmeda en la selva más antigua que todos los estados...” (24)

El móvil del alcalde es el negocio fácil; cuando los gringos le piden el rescate del cadáver del compañero, lo que a él le interesa es sólo el dinero, y así se lo hace saber a Antonio José con la finalidad de convencerlo para que sea él quien realice la tarea:

“Quieren que alguien vaya a recoger los restos del compañero. Te juro que nos pagan muy buen precio por hacerlo, y tú eres el único capaz de conseguirlo”. (92)

Y la contestación del viejo es determinante:

“-Está bien, pero yo no me meto en sus negocios. Le traigo lo que queda del gringo y usted me deja en paz”. (92)

Con esta respuesta, el viejo deja clara su posición de honradez y justicia frente a la inclinación del alcalde por obtener ganancias materiales sin importar el medio para lograrlo.

A los buscadores de oro se les describe como:

“Individuos sin escrúpulos venidos desde todos los confines sin otro norte que una riqueza rápida”. (53)

Ellos mantienen buenas relaciones con el alcalde porque lo pueden manejar a su antojo; eso no lo pudieron lograr con el anterior representante de la ley, y por eso lo mataron.

Los buscadores de oro y los gringos irrumpen en el medio natural de la selva sin conocimiento alguno, sólo los conduce la avidez material o la sensación de poder y orgullo; por lo tanto, no hay intercambio de bienes entre ellos y la naturaleza a la cual explotan.

Los gringos le sacan provecho a la selva mediante la adquisición de pieles para venderlas luego a grandes precios, e incluso matan a los cachorros sólo para después retratarse con sus pieles. (60)

No son sólo estos grupos humanos los que tratan de beneficiarse según el texto; la misma fundación de El Idilio está basada en el engaño del Gobierno que nunca cumplió las promesas hechas a los colonos:

“...grandes extensiones de tierra y ayuda técnica a cambio de poblar territorios disputados al Perú”. (41)

Y, sin embargo, Antonio José y su esposa llegan a El Idilio:

“...Tras un breve trámite, les entregaron un papel pomposamente sellado que los acreditaba como colonos. Les asignaron dos hectáreas de selva, un par de machetes, unas palas, unos costales de semilla devoradas por el gorgojo y la promesa de un apoyo técnico que no llegaría jamás”. (41)

Por lo consiguiente, entre el Gobierno y los colonos tampoco existe intercambio de bienes. El Idilio y su región selvática aledaña has sido dejadas a la “mano de Dios”, una vez que se cumplió el deseo de las autoridades gubernamentales de que ese territorio estuviera poblado, por conveniencias meramente políticas.

Discurso del amor

Este discurso se presenta como otro discurso de ficción dentro del primer discurso ficcional que es la novela.

Es el Dr. Rubicundo Loachamín quien le facilita a Antonio José las novelas de amor que tanto le gustan.

Pero el dentista no es quien las escoge, sino una prostituta, ya que ese tipo de lecturas era propio de mujeres.

Las novelas de amor forman parte de la existencia del viejo y cuando el Dr. Loachamín se las entrega, las aprieta junto al pecho, indicio de que son muy queridas por él.

Esta particularidad de que a un hombre le gusten las novelas de amor constituye un signo de su carácter: Antonio José, como persona muy humanitaria, se siente atraído hacia un sentimiento tan noble como lo es el amor. Y es ese amor ideal, lleno de lágrimas, sacrificado, pero con final feliz que le llama la atención en los textos.

Tal vez por esa razón el viejo participa de la concepción de amor de los shuar:

“Era el amor puro sin más fin que el amor mismo. Sin posesión y sin celos”. (52)

Así era la relación que tenía con su esposa Dolores Encarnación y luego con la mujer que el shuar anfitrión le rogaba que aceptara durante la estación de las lluvias. Era un amor lleno de sensaciones, de sensualidad, sin violencia ni precipitación.

El título **Un viejo que leía novelas de amor**, crea la expectativa de que el texto posee muchos elementos relacionados con este sentimiento. No obstante, aunque no se

encuentren en abundancia esos rasgos, el hecho mismo de que el viejo prefiera ese tipo de lecturas, lo perfila como un hombre sentimental muy particular.

Por otro lado, los paisajes de las novelas representan ambientes tranquilos, llenos de paz y serenidad, los cuales propician que el viejo se remonte a esos parajes (Venecia, p.ej.) y se olvide, mientras lee, de los problemas que giran a su alrededor. En este caso, la evasión juega un papel importante en Antonio José, pero también puede existir un deseo inconsciente por establecer en la realidad ese equilibrio natural que encuentra en los ambientes de sus libros.

Discurso ecológico

El discurso ecológico, como eje programador, permanece en diálogo con todos los otros discursos mostrados anteriormente, los que a su vez dialogan entre sí. Por lo tanto, desde esta red discursiva se pretende caracterizar este discurso. Esas regularidades son marcas creadas a través del estilo propio del texto. De tal modo, se le pondrá atención en este apartado a los recursos utilizados por medio de los cuales emerge la dominante discursiva que, en este caso, es el discurso ecológico.

Con respecto al incipit, en la primera frase del relato está implícita la idea de que algo desagradable va a ocurrir, es una idea de “amenaza” originada por el medio ambiente. En la figura metafórica se compara al cielo con:

“...una inflada panza de burro colgando amenazante a escasos palmos de la cabeza”. (13)

La “panza de burro colgando” remite a la idea de flojedad, de “casi caída” de algo que se retiene con dificultad.

La imagen indica que el cielo no es diáfano, sino, por el contrario en él se perciben nubes recargadas de agua listas para caer en cualquier momento sobre los habitantes del lugar.

En el texto se plantean diversas perspectivas con respecto a la naturaleza. Este método de Sepúlveda es determinante para que el lector perciba las consecuencias de los actos del ser humano con relación a la ecología. Si se persiste en destruir el ecosistema, se producirá un desequilibrio cuyo carácter irreversible terminará con la vida misma del planeta. Los hombres primitivos, como los indios shuar, e incluso los animales, sí han captado esta situación y se desenvuelven de acuerdo a las leyes naturales. Pero también se produce un caos en la naturaleza cuando hay individuos inescrupulosos que la explotan –gringos, buscadores de oro y algunos colonos- al buscar en ella un fin meramente utilitario.

A los animales de la selva amazónica se les adjudica sólo características positivas, no son crueles y atacan únicamente si se les agrede antes. Por ejemplo, de las pirañas dice un shuar que:

“Son peces torpes y adquieren velocidad solamente impulsados por el hambre o el olor a sangre”. (102)

El viejo se da cuenta que los bagres guacamayos:

“...eran inofensivos pero mortalmente amistosos”. (103)

Los micos no actúan por maldad sino por curiosidad; se fueron encima de la expedición de gringos porque estos cargaban toda clase de objetos que llamaron su atención (93 – 94).

Del oso mielero, afirma el viejo que:

“No existe otro animal más inofensivo en toda la selva”. (107)

La tigrilla enloquece de dolor al encontrar a sus crías muertas y al tigre macho herido y:

“Una tigrilla enloquecida de dolor es más peligrosa que veinte asesinos juntos”. (30)

Por esa razón es que este animal ataca al hombre. Sus víctimas fueron: el gringo infractor, el buscador de oro Napoleón Salinas, Miranda y su acémila, Plascencio Puñán. Pero esas muertes el viejo las justifica porque en ellas ve un acto de justicia:

“Un cruento, pero ineludible, ojo por ojo”. (118)

Dado que el animal está más cerca del medio natural que el hombre “civilizado”, también demuestra más inteligencia para sobrevivir:

“Las aves sabían que poderosas lenguas avanzaban desde occidente hurgando en el cuerpo de la selva”. (52)

En aras del “progreso” el hombre invade la paz natural, los animales lo saben y emigran hacia el oriente.

Pero sobre todo, la astucia de los tigrillos se magnifica en la conducta de la tigrilla durante el desenlace de los acontecimientos. Ya el viejo sabía a quién se le iba a enfrentar y que el contrincante es listo; de los tigrillos expresa que:

“No son tan fuertes como los jaguares, pero en cambio dan muestras de una inteligencia refinada”. (12)

Esta tigre-hembra, además, tiene experiencia y se encuentra “mano a mano” con el viejo, quien así lo intuye:

“¿Por qué la hembra te llena los pensamientos?”

¿Tal vez porque ambos saben que están parejos. Luego de cuatro asesinatos sabe mucho de los hombres, tanto como tú de los tigrillos?”. (123)

La expectativa del encuentro final entre la tigrilla y el viejo crea una espera emocionante en el lector; espera que ya estaba dirigida por indicios, no sólo para el lector sino también para el personaje ficticio. En los momentos de la Fiesta de la

Serpiente, celebrada por los shuar en homenaje al viejo por haber sobrevivido a la mordedura de una equis, éste

“...se descubrió de pronto vistiendo los atuendos del cazador experto, siguiendo huellas de una animal inexplicable, sin forma ni tamaño, sin olor y sin sonido, pero dotado de dos brillantes ojos amarillos”. (48)

Más adelante, cuando Antonio José Bolívar va al encuentro de la tigrilla, sueña con un “algo”:

“Ese algo carecía de forma precisa, definible, y tomara lo que tomara siempre permanecía en él los inalterables brillantes ojos amarillos”. (132)

“Y la forma de ojos amarillos se movía en todas direcciones”. (133)

En el transcurso de su semi-inconsciencia, el viejo ve que:

“...una lluvia de inalterables ojos amarillos caía sobre la selva”. (133)

Y entonces:

“...los ojos amarillos estaban en todas partes cortándole el camino”. (133)

Esos ojos son la señal inequívoca de que la tigrilla lo desafía en un duelo a muerte.

El elemento de suspenso se mantiene hasta el duelo final, en donde se demuestra aún más la creatividad maravillosa del autor por medio del lenguaje. El escenario y las imágenes que éste evoca propician que el lector se incorpore también allí y se sienta parte responsable de las circunstancias presentadas.

La ironía y la burla son recursos que se emplean como parte de la denuncia o crítica social inmersa en la novela, en relación con la depredación del ambiente. Algunos ejemplos son:

“...los colonos destrozaban la selva construyendo la obra maestra del hombre civilizado: el desierto”. (60)

Los gringos:

“se las saben siempre todas”. (92)

La burla está presente sobre todo en las descripciones que se hacen del alcalde. Cuando los colonos van en la expedición con el alcalde, se destaca su figura amorfa y ridícula, además de los errores que él comete.

“Cada cierto tiempo, hundía los pies en el lodazal burbujeante y parecía que el fango se tragaba aquel cuerpo obeso”. (97)

La voz narrativa se introduce en el pensamiento de los colonos, quienes al observar al alcalde argumentan en silencio:

“Ya verás, Babosa. Ya verás qué tibiécito es el impermeable. Se le va a cocer hasta los huesos ahí dentro”. (96)

Y el viejo le dice:

“-¿Ve?. Y usted, que transpira tanto, todo saladito, es una invitación para estos bichos”. (99)

En estos momentos se refiere a los escorpiones que se encuentran en el lodo en donde se le cayó una bota al alcalde y que éste insiste en sacarla de ahí.

Abiertamente los lugareños se ríen del alcalde a sus espaldas:

“-Su señoría no quiere mostrarnos el culo.

- Es tan cojudo que va a sentarse en un hormiguero creyendo que es una letrina.

-Apuesto que pide papel para limpiarse- soltó otro entre risas”. (106)

Por medio de la hipérbole se exageran aún más los rasgos negativos de “La Babosa”:

“El alcalde se despojó del impermeable de hule y una cascada de sudor contenido le mojó hasta los pies”. (108)

A veces al alcalde se le presenta de una forma caricaturesca:

“El gordo venía sin camisa y protegido bajo un amplio paraguas negro, soltaba agua por todo el cuerpo”. (76)

Un símil refuerza más la imagen caricaturesca y negativa de ese personaje. El viejo.

“Al entrar en la choza, por entre la capa de lluvia pudo ver sobre el muelle la solitaria y obesa silueta del alcalde bajo el paraguas, como un enorme y oscuro hongo recién crecido sobre las tablas”. (80)

Aunque hacia el personaje del alcalde es que más van dirigidas las burlas y la ironía, además se dice que los buscadores de oro

“Se tomaban muy al pie de la letra aquello de que el tiempo es oro”. (77)

Y del cadáver de Napoleón Salinas, un buscador de oro muerto por la tigrilla, se afirma que

“Tenía la boca llena de oro y ahora enseñaba los dientes en una sonrisa que no provocaba admiración...” (77)

Esos recursos de estilo crean una atmósfera de rechazo hacia estos personajes y sus actitudes.

Por otro lado, es interesante el hecho de que el primer libro que Antonio José Bolívar toma en sus manos corresponde a una biografía de San Francisco de Asís. El viejo cogió el texto a su vez de las manos de un clérigo que estaba dormido en el pueblo. Aunque el viejo revisó muy rápidamente el libro antes de que el cura despertara, se dio cuenta de que trataba de animales y eso le llamó la atención. Así se lo hace saber al cura:

“-Parece que habla mucho sobre los animales- contestó tímidamente.

-San Francisco amaba a los animales. A todas las criaturas de Dios”.

A lo cual responde Antonio José:

-Yo también los quiero. A mi manera”. (64)

A través de ese intertexto se introduce la idea de que los animales son buenos, y si la actitud del hombre es de acercamiento y amor hacia ellos, hasta el animal más fiero se torna manso; tal y como sucedió con la historia del lobo feroz que rondaba un pueblo italiano y San Francisco de Asís lo controla mediante un sentimiento de amistad auténtica.

Entre esta historia y la diégesis de la novela podrían encontrarse algunas analogías importantes, pero que escaparían a los límites de este trabajo.

En cambio, los intertextos que tienen que ver con las novelas de amor cumplen, como ya se había mencionado, más que todo la función de evasión en Antonio José Bolívar:

“sus novelas que hablaban de amor con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana”. (137)

El intertexto del amor entra en contradicción con el discurso mercantil, porque mientras las lecturas de las novelas producen paz en el viejo, la codicia de algunos hombres provocan su alteración y la de la naturaleza.

A la luz de estas consideraciones y mediante el análisis de la interdiscursividad, surge la inquietud por establecer un diálogo intertextual entre el texto que se analiza y otro texto en donde también se encuentra la preocupación por la naturaleza, como lo es **el Emilio o la educación** del escritor francés del S.XVIII Jean Jacques Rousseau.

Rousseau y el Emilio

Jean Jacques Rousseau (1721 – 1778) vive la mayor parte de su vida en Francia, aunque nació en Ginebra y fue un infatigable viajero. Durante el siglo XVIII, conocido como el “siglo del Despotismo Ilustrado” se le da preponderancia a la razón y se considera que el “ilustrarse” es garantía de felicidad y de progreso social. De ahí que, se le adjudica gran importancia a la educación como elemento modificador de la naturaleza humana. Se manifiesta el interés por desarrollar el espíritu crítico, científico y cosmopolita. La creencia de que la naturaleza material física es la única realidad, posee su asidero en el materialismo propio de esta época. Dentro de estas circunstancias se desenvuelve Rousseau, quien con sus ideas y escritos ejerció gran influencia en la Revolución Francesa y se le ha catalogado como precursor del movimiento romántico.

La doctrina que defiende Rousseau es que el hombre natural es bueno, es la sociedad la que corrompe esa bondad. Para buscar una salida a esta situación, Rousseau propone el retorno a la virtud primitiva.

Este escritor publica el *Emilio*, en 1762, obra que fue condenada a la hoguera, y debe huir de Francia porque se dicta una orden de su detención. Ya había participado Rousseau con artículos que se incluyeron en la Enciclopedia y había también salido a la luz **La Nueva Eloísa** y **El contrato social**, texto que se prohíbe en Francia. Además de esas obras, tiene numerosos discursos, **Las confesiones**, **Sueños**, **Reflexiones de un paseante solitario**.

En el **Emilio**, obra considerada como “novela de educación”, Rousseau propone una educación triple, la primera es la que brota de la misma naturaleza, la segunda viene de los hombres y la tercera de las cosas. En la obra Rousseau se convierte en preceptor de Emilio, un niño o alumno imaginario, y lo educa con base en esa triple secuencia que también está acorde con su desarrollo biológico, cuyas etapas son la infancia, adolescencia y juventud. El educador, para Rousseau, tiene que ser muy especial y hábil porque primero tiene que conseguir poner al niño en armonía con su medio ambiente y después, con esa base, debe conformar al hombre social.

El concepto de “naturaleza” en el siglo XX

Así como Rousseau, otros escritores han tenido presente a la naturaleza como tema fundamental de sus textos. En la literatura latinoamericana ese asunto ha surgido en variadas ocasiones, aunque la manera de enfocar la relación hombre-naturaleza es diversa. Es sobre todo a principios del siglo XX cuando el centro del mundo narrado lo constituye el espacio geográfico en la llamada “novela regionalista”. En un afán por exponer los problemas sociales del hombre latinoamericano, los escritores dan a conocer regiones como la pampa, el llano, la selva, la montaña, con un predominio de ese ambiente sobre esos personajes; **Doña Bárbara** (1929) del venezolano Rómulo Gallegos y **La vorágine** (1924) del colombiano José Eustasio Rivera son fiel ejemplo de esta circunstancia.

Ahora, a fines del siglo XX cuando la preocupación por el problema ecológico se encuentra en su apogeo, el medio natural es también un elemento importante para la literatura latinoamericana.

En el texto de Luis Sepúlveda la naturaleza no se contempla como ajena al hombre, ni es aquella que lo “engulle”. El elemento natural es asunto de preocupación desde otra perspectiva: si se destruye el ecosistema, se acaba la misma existencia del ser humano. El discurso ecológico, como eje programador del texto, remite al contexto histórico y social latinoamericano de finales del siglo XX, en el cual el binomio hombre-naturaleza representa una gran problemática.

Como dominante discursiva, remite a la propuesta del sujeto colectivo de que el hombre actual debe tomar conciencia de que él es un elemento inherente de la naturaleza, por eso si la destruye también lo hace consigo mismo.

La intertextualidad del texto

Al tener en cuenta la concepción acerca de la naturaleza del texto rousseauiano y la de **Un viejo que leía novelas de amor**, se encuentra la posibilidad de establecer un diálogo intertextual entre un texto del siglo XVIII y el texto contemporáneo en estudio, que surge de las condiciones sociohistóricas de finales del presente siglo.

Una idea compartida es que en ambos emerge el deseo del ser humano por volver al estado natural. Rousseau afirma que el hombre en su estado primitivo es bueno; la naturaleza, por lo consiguiente es buena. Como Emilio, a todos los hombres hay que educarlos siguiendo ese estado natural, de lo contrario se pervierte al hombre.

En el texto de Sepúlveda se encuentra también una idealización de la naturaleza. El “Idilio” ecuatorial es el “paraíso” que se encuentra en estado puro y el hombre no debe atreverse a contaminarlo o sufrirá las consecuencias. La selva amazónica vive en perfecto equilibrio, es el individuo que no tiene sus raíces ahí quien altera el ecosistema por su falta de conocimiento y por la avaricia que lo lleva a buscar el fin utilitario. Los indios shuar se desenvuelven en consonancia con la naturaleza, son parte de ella y lo saben, por eso no producen caos en el medio; en tanto que el gringo “es el infractor” y es ahí donde se genera el estado de confusión expuesto en la novela.

Entonces la naturaleza no sólo es buena, es además “sabia”, por eso si el hombre se deja guiar por ella, será un individuo completo e íntegro, según Rousseau. Pero esa sabiduría natural se explica de acuerdo con su concepción deísta:

“Todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre”. (Rousseau, 1971:65)

Por esa razón, tal vez, en Sepúlveda los elementos más primitivos como los indígenas y los animales que pasan su existencia en la selva son más buenos y sabios ante la naturaleza. Los animales nunca atacan, son víctimas del individuo depredador que viene “de afuera” y que sí ataca.

En relación con esto, Rousseau expresa:

“Se me contestará que los animales viven más conformes con la naturaleza y que están sometidos a menor número de males que nosotros. ¡Enhorabuena! Esta manera de vivir es precisamente la que voy a dar a mi alumno; por consiguiente, él debe sacar de ella el mismo provecho”. (Rousseau, 1971:90)

A estas características de los elementos en su estado natural se suma una tercera: la astucia. En **Un viejo que leía novelas de amor** al alcalde, gringos y buscadores de oro se les identifica con la desconsideración, insensatez, crueldad y codicia porque son personas que se encuentran “fuera” de la naturaleza a la que buscan sólo para extraerle lo que les puede producir riquezas materiales. Sin embargo, el viejo Antonio José Bolívar es más astuto que todos ellos juntos, y gracias a esa condición reconstruyen todo lo sucedido desde que los shuar traen en la canoa el cadáver del gringo, pero esa astucia le viene de las enseñanzas de los shuar y de haber convivido con ellos cierto tiempo.

¿Podría convertirse en el “preceptor” proclamado por Rousseau, tan difícil según él mismo de encontrarse en su época y con más razones en la nuestra? No obstante, aunque el viejo “era como ellos (los shuar), no era uno de ellos”, estribillo que se repite en varias ocasiones en la novela. De alguna manera al venir de la “civilización” el viejo ya estaba “contaminado”, y por eso los indígenas no le permitían estar permanentemente con ellos. Eso sí, de sus enseñanzas en contacto con la selva creó Antonio José toda una filosofía de vida, que le permite convertirse en enlace entre la selva y la civilización.

Esta antigüedad del personaje tiene consecuencias positivas porque gracias al viejo que participa de los dos mundos y conoce sus leyes, no se produce el desorden total en el ambiente, pero para él mismo es causa de angustia ese estado porque a veces tiene que actuar en contra de su voluntad, como cuando tiene que matar a la tigrilla. Este animal demuestra ser muy astuto en todo momento y el viejo lo sabe:

“...La bestia buscaba la ocasión de morir frente a frente, en un duelo que ni el alcalde ni ninguno de los hombres podía comprender”. (Sepúlveda, 1995: 118)

Sólo el viejo entendía lo que deseaba la tigrilla y la complace.

Por otro lado, los sentimientos del animal son los que llevan a matar a los hombres; está lastimada porque le mataron a sus cachorros y le hirieron al macho. Desde este punto de vista es que se entiende su actuación y también la crítica a la insensibilidad humana que emerge del texto.

De aquí se deduce también que los seres que más están en contacto con la naturaleza son los más sensibles. Esta concepción la desarrolla Rousseau al proponer que la primera educación del ser humano debe ser únicamente la que brinda la naturaleza, sin que intervengan razonamientos de otras personas:

“Es así como la naturaleza a primera vista lo ha constituido, ya que ella lo ha hecho todo de la mejor manera”. (Rousseau, 1971: 124)

Ya que el hombre nace bueno, al principio sólo debe aprender de sus propias experiencias en contacto con el mundo natural. Este medio vuelve al hombre fuerte mentalmente, pero también físicamente:

“He aquí mis razones por las que deseo que mi discípulo sea de constitución robusta y sana, y los principios para que se conserve de tal modo. No me entretendré en probar con detalle los beneficios que los trabajos manuales y los ejercicios reportan a la salud y al temperamento, lo cual nadie discute; las muestras de longevidad las ofrecen casi todos los hombres que han realizado más ejercicios y que mayores fatigas y afanes soportaron”. (Rousseau, 1971: 124)

Por eso Rousseau deja a Emilio correr y saltar por los prados libremente y recomienda a las madres sacar a sus hijos todos los días al campo. Aquí hay otro punto coincidente con el texto de Sepúlveda: los shuar son muy fuertes y robustos, y además la tigrilla se destaca por su hermosura; la Voz narrativa la exalta e idealiza:

“Era más grande de lo que había pensado al verla por primera vez. Flaca y todo, era un animal soberbio, hermoso, una obra maestra de gallardía imposible de reproducir ni con el pensamiento”. (Sepúlveda, 1995: 137)

La idea en relación con la muerte es parecida en los dos textos. Dice Rousseau:

“La primera ley de la resignación nos viene de la naturaleza. Los salvajes, lo mismo que los animales, se debaten poco contra la muerte y expiran casi sin quejarse”. (Rousseau, 1971: 126)

Y en **Un viejo que leía novelas de amor**, cuando el viejo conoce los ritos y secretos del pueblo shuar, cuenta que:

“Compartió el festín generoso ofrecido por los viejos que decidían llegada la hora de “marcharse”, y cuando estos se adormecían bajo los efectos de la chicha y de la natema, en medio de felices visiones alucinadas que le abrían las puertas de futuras existencias ya delineadas, ayudó a llevarlos hasta una choza alejada y a cubrir sus cuerpos con la dulcísima miel de chonta”. (Sepúlveda, 1995: 31)

Luego se convierten en nuevas vidas en forma de peces, mariposas o “animales sabios”. De tal manera que la muerte se ve desde una perspectiva de felicidad y tranquilidad.

Por último, en cuanto a la calidad de vida del ser humano parece que la máxima de Sepúlveda es:

“Vivir y dejar vivir”, la cual curiosamente es también la del primer alcalde de El Idilio, asesinado por los buscadores de oro y a quien querían los habitantes tanto. Vivir y dejar vivir es lo que hace Antonio José Bolívar y que también él pretende que se lo apliquen para vivir tranquilo en su choza con sus novelas de amor. En el texto, los elementos vivientes que se encuentran dentro de la naturaleza son los que más cumplen con esta sentencia.

Al respecto, se afirma en el **Emilio**:

“Todo hombre que no deseara más que vivir, sería feliz, por consiguiente, sería bueno, porque, ¿qué utilidad sacaría de ser malo?”. (Rousseau, 1971: 125)

Y Rousseau considera su máxima fundamental la siguiente:

“El hombre verdaderamente libre solamente quiere lo que puede y hace lo que le conviene”. (Rousseau, 1971: 129)

De ahí surgirá la felicidad que el hombre puede alcanzar, una vez que la educación recibida esté acorde con las leyes naturales que le enseñen a vivir y convivir hasta donde lleguen sus límites.

Para efectos del presente trabajo, se han tratado de destacar las concepciones más evidentes que emergen del discurso ecológico y que confluyen mediante la intertextualidad. Quedan pendientes inquietudes en torno a otros matices diferentes, y

aún similares, concernientes a las propuestas de los dos escritores con respecto al tema medular de la naturaleza.

Conclusiones

Mediante los procesos de interdiscursividad e intertextualidad confluyen elementos relevantes configuradores de la red dialógica textual.

La preocupación de la naturaleza en **Un viejo que leía novelas de amor**, manifiesta en el discurso ecológico, es la columna vertebral donde concurren los demás discursos que entran en interacción.

La propuesta del autor deja ciertos vacíos en una época como la actual. Su angustia es válida en una coyuntura en donde los recursos naturales se están perdiendo y el hombre aparece impotente ante esta situación irreversible. El individuo ya es hora de que tome conciencia de su condición natural y aprenda a convivir con el medio ambiente para amarlo y cuidarlo en vez de destruirlo. En el texto se percíbelo nostalgia por volver a ese estado natural considerado como ideal.

Pero, como la de Rousseau en el siglo XVIII, la posición de Sepúlveda a fines del siglo XX se considera demasiado idealista y romántica. ¿Cómo puede el hombre prescindir de la civilización en su condición de ser social?

El viejo protagonista de la novela, tuvo la suerte de aprender muchos secretos y leyes de la naturaleza mediante la convivencia directa con ella; sin embargo, no tenía sus raíces en ese lugar y por esa razón no se “compenetra” del todo con él. Por tanto, el viejo debe asumir una postura más bien contemplativa y de reparación.

¿Es esa la actitud que debe poseer, según Sepúlveda, el hombre frente a la naturaleza?

Parece que la consigna del texto: “vivir y dejar vivir”, se fundamenta en la idea de José Tono de que el buen posmoderno es “El que vive su vida y nos deja en paz” (1986: 25). No obstante, ¿cómo conciliar esos dos mundos, el natural y el de la civilización, que en el texto de Sepúlveda están tan separados, pero que conforman nuestras vidas?

Bibliografía

Alzugor, A. (Abril 1995). Literatura chilena de último momento. Allende, Donoso, Marchant, Sepúlveda. **Cuadernos de Marcha**. Vol. 9, N. 103, 76 – 79

Amoretti, M. (1993). **Diccionario de términos asociados en teoría literaria**. San José: Edit. Univ. de Costa Rica.

Barthes, R. y otros. (1974). **Análisis estructural del relato**. Buenos Aires: Editorial Tiempos Contemporáneos.

Bustos, M. (15 de agosto, 1993). El hombre que leía novelas de amor. **La Nación**. p.2.

Cros, E. (1991). En torno a la interdiscursividad. **Sociocrítica. Prácticas textuales. Cultura de frontera**. Atlanta, U.S.A.: Editions Rodopi.

- Díaz, E. y otros. (1988). **¿Posmodernidad?** Buenos Aires: Biblos.
- Jiménez, A. (1993). **Del búho a los gorriones**. San José, Costa Rica: Ediciones Guayacán.
- Kristeva, L. (1974). El texto de la novela. Barcelona: Lumen.
- Literatura Joven. (Julio, 1995). **La Nación**. p. 8.
- Lozano, J. y otros. (1982). **Análisis del discurso**. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Pérez, M.A. (mar. – set. 1981). La semiología de la productividad y la teoría del texto en Julia Kristeva. **Revista de Filosofía y Lingüística de la U.C.R.** Vol. 7. p. 59.
- Rousseau, J. J. (1971). **Emilio o la educación**. Barcelona: Bruguera.
- Sepúlveda, L. (1995). **Un viejo que leía novelas de amor**. Barcelona: Tus Quets.
- Tono, M. J. y otros. (1986). **La polémica de la posmodernidad**. Madrid: Ediciones Libertarias.
- Toro, A. (abril – set. 1991). Postmodernidad y Latinoamérica. **Rev. Iberoamericana**. No. 155 – 156.